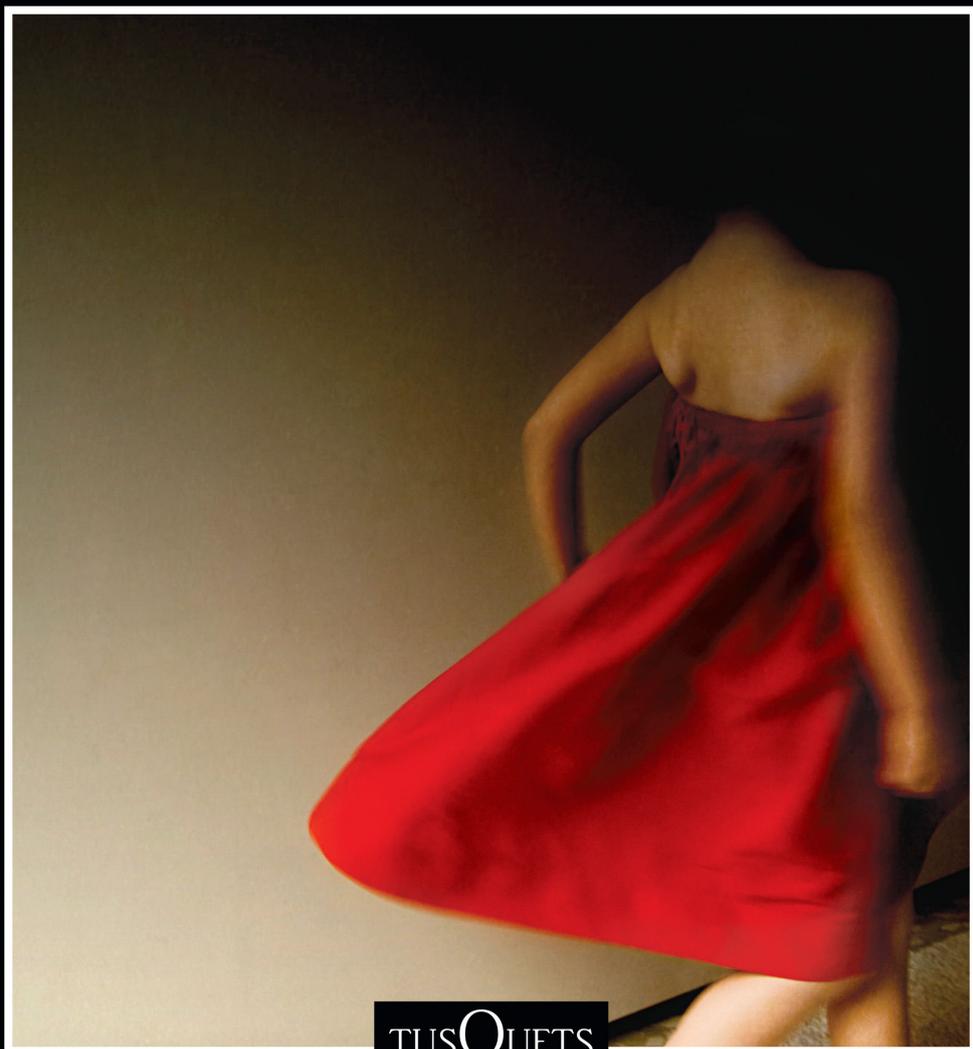


Edgardo Cozarinsky

TURNO NOCHE

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

EDGARDO COZARINSKY
TURNO NOCHE

TUSQUETS
EDITORES

A través del vidrio sucio de la ventanilla del micro miraba sin ver la tierra colorada que años más tarde iba a recordar con nostalgia.

La lejana capital era su meta, menos un lugar en el mapa que el escenario de su futuro, un futuro imprevisible, anécdotas y personajes alimentados por la televisión: meses antes había descartado el blanco y negro para adoptar los colores chillones y las luces aplastantes que hacían máscara de todo rostro maquillado. Con el prestigio de la distancia, sus módicas ficciones distraían el letargo de una provincia lejana, poco inquieta por las proclamas del gobierno militar.

Con la edad, la distancia iba a trabajar en el sentido opuesto. También iba a recuperar con emoción distintos colores, distintas formas de hojas que ahora, tras el vidrio sucio que las rozaba, no retenían su mirada, las de la araucaria y el aguaribay. Aun el nombre indígena de un árbol

ya olvidado: rabo itá. Y el calor húmedo que la noche no alivia.

Atrás quedaban tantas cosas que, había decidido, ya eran su pasado.

Encontró a su padre tirado en el fondo de una zanja. Trataba de mover los brazos, parecían no responderle, amagaban gestos sin sentido; las piernas, en cambio, se mantenían inmóviles, separadas y dobladas en ángulos grotescos, tal vez rotas. Le recordó el dibujo de un arlequín multicolor en el libro de lectura de la primaria. Los ojos, en cambio, estaban vivos y cuando se cruzaron con los de ella y la reconocieron y advirtieron la intensidad en la mirada de la hija se iluminaron con un llamado mudo. La boca se abría y cerraba pero de ella no salían sonidos, a lo sumo un hilo de baba amarilla, resto del vómito con olor a cerveza que le cubría el pecho. Se había hecho noche y el paso de algún camión con los faros encendidos barría esa imagen con un rápido golpe de luz. De lejos llegaba una música de acordeón, debía haber fiesta y se bailaba el chamamé, cada tanto un sapucay perforaba el silencio y perros invisibles le respondían.

Ella se quedó mirando a ese hombre quebrado, indefenso. No le costó limpiar su mirada de toda expresión. En la furia, en cambio, que encendía la mirada del padre, en las muecas de su boca, había un pedido, y porque lo entendía ella le clavaba su propia mirada impávida, cuidando que no trasluciera piedad ni rencor. Fue perdiendo la noción del tiempo, la indiferencia le costaba cada vez menos, llegó a mantener sin esfuerzo esa mirada vacía, ausente: la de una memoria donde yacían congelados años de miedo transformados gradualmente en odio.

En algún momento, el padre, vencido, cerró los ojos. Ella prestó atención, podía oír su respiración menguante. Entendió que no había muerto. Tal vez dentro de unas horas o a la mañana siguiente.

Ya anocheecía cuando la madre le había pedido que fuera a buscarlo. Hacía un buen rato que había pasado la hora del regreso cotidiano y temía que al salir de la fábrica se hubiese enfrascado en una pelea de bar. Había ocurrido con frecuencia en otra época.

Esa noche al volver, la hija solo anunció:

—Hice dos veces el camino desde la fábrica y pregunté en dos boliches. En uno me dijeron que había estado allí y ya hacía mucho que se había ido.

El micro se detuvo con un sacudón en una parada cuyo nombre no llegó a ver. Apenas despierta de un sueño entrecortado por el traqueteo del vehículo, vio que ya era de noche y pensó que tal vez se estuvieran acercando a la capital. Una vecina la desilusionó: estaban en Corrientes. No habría dormido más de una hora y le pareció poco para el aluvión de imágenes, vértigo de recuerdos y miedos atropellados bajo sus párpados vencidos.

La vecina, una chaqueña arrugada y sonriente, la convidó con un caramelo de dulce de leche.

—La va a ayudar a descansar, m'hijita. Se la ve preocupada.

Muchas tardes, al salir del colegio, tres alumnas no tomaban el transporte escolar que depositaba a cada niña en su casa. Preferían quedarse de a pie, sin revelar adónde irían. El colegio de Nuestra Señora de Czestochowa, la virgen negra, era caro, y las alumnas cuyas familias podían pagarlo no escatimaban burlas a las compañeras que llamaban «becadas».

—No se hagan rogar las becas... Cuando la última de las nuestras haya llegado a su casa, quédense quietitas en el ómnibus que las llevará hasta sus barrios por más lejos que sea. ¡Así de grande es la caridad cristiana!

Pero las tres habían aprendido muy pronto a hacer oídos sordos a esas hijas de yerbateros, de dueños de aserraderos y tabacales, incluso a la más pérfida, la hija del administrador de una fábrica de pasta de celulosa. Las amigas tomaban la avenida San Martín hacia la estación de tren. A ninguna le interesaba cruzar el arroyo lindero con la estación.

La orilla opuesta del arroyo, es cierto, ya era otra provincia, no Misiones, sino Corrientes, pero el poblado visible no prometía nada desconocido. Llevaba el nombre del fundador alemán, Colonia Liebig, y también era asentamiento de muchos ucranianos y polacos. Para algo pintoresco tenían la estación, la más antigua de la provincia: la habían llamado El Gran Capitán y la fecha 1909 seguía visible, grabada en los materiales traídos directamente de Inglaterra.

Seis décadas más tarde ellas saben que no verán bajar señoras elegantes ni viajeros extranjeros. Esperan la llegada de los camiones que tres veces por semana depositan en el andén cajones de limones y naranjas. Quedan a la espera de vagones de carga, polvorientos, chirriantes. Los cajones están protegidos por una delgada hoja de papel sintético perforado para que el contenido respire, pegado a los lados para asegurarlo; a veces, sin embargo, una punta de ese papel se despega y algunas frutas ruedan por el andén cuando levantan el cajón para cargarlo en el tren. Es el momento esperado por las tres amigas, se lanzan a recogerlas bajo la mirada severa pero también divertida, cómplice, del capataz que supervisa el cargamento.

Nunca hubo disputas entre ellas. Se repartían equitativamente el botín, dos limones por cada

naranja, y cuando el saqueo del día no lo permitía, la mejor dotada abría crédito a las otras para la vez siguiente.